

bién se absorbe el alcohol cuyo exceso puede resultar perjudicial para el niño. Y ahora, a rebozarlo en talco para que no se irrite, y a vestirlo deprisa, que para eso ha preparado antes la ropa y ha colocado las cosas por orden, cuidando hasta de meter la camisita dentro de la camiseta para no tener que fastidiar al pequeño más que una vez.

Y entonces, envuelto en uno de esos amplios chales de lana, a la cuna, porque la madre no quiere viciar al hijo.

QUERER Y MALCRIAR

Que una cosa es rodearle de amor y otra estropear el carácter en embrión que empieza a formarse aún antes de que haya abierto los ojos a la luz.

Lo primero que tiene que hacer una madre es conocer el llanto de su hijo; saber por qué llora.

Generalizando, puede afirmarse que en el noventa por ciento de los casos, el niño llora porque se encuentra incómodo.

Su incomodidad puede obedecer a causas muy diversas.

Hay que cerciorarse de que no tiene mojado el pañal. No puede haber nada más molesto para la criaturita.

Hay que vigilar que no se le irriten las nalguitas, ni los muslos. En caso de que ya esté escocido, cuídese con especial esmero del «aclorado» de los pañales para que no conserven el menor rastro de jabón que excitaría todavía más la piel delicadísima del niño. Habrá que lavarles con especial cuidado, aplicándoles algún polvo secante, y si tienen la mala costumbre de humedecer el pañal con excesiva frecuencia, cubrir la parte escocida con vaselina boricada, que servirá al propio tiempo de capa curativa y protectora.

Se ha de observar también si el niño llora porque está en mala postura; se ha dormido sobre un imperdible grande, o un botón que hace daño; movió la cabeza y tiene la orejita doblada. No debe dejarse al niño siempre del mismo lado; si se le cambia con suavidad cada hora poco más o menos, dobláis la du-



ración de su sueño; ninguna prueba mejor de que habéis acrecentado su bienestar.

Otra de las causas de que lllore es el frío, así como el exceso de calor.

Por último, la causa principal del malestar a estas edades son los gases.

Nunca se observa con bastante cuidado cómo mama el niño.

Si es un glotoncillo que se atraganta por exceso de avidez, unas cucharaditas de agua hervida antes de empezar a mamar le tranquilizarán, permitiéndole alimentarse sin esos tropiezos que le hacen absorber tanto aire como leche.

El niño demasiado lento en mamar, también traga aire; por eso hay que ocuparse concentradamente de él, mientras mama; y no digo nada si la crianza se hace a base de biberón. Nunca se censurará bastante la extendida costumbre de abandonar al niño en la cuna para que tome su ración solito.

Cuando ha terminado, se le coge en brazos y se le tiene en posición vertical, apoyado en nuestro hombro, ayudándole a desembarazarse de sus gases.

Luego se le vuelve a dejar en la cuna.

No hay que permitir que el niño lllore indefinidamente sin estar persuadida de lo infundado de sus lágrimas. La verdadera madre pronto sabrá distinguir entre el llanto de «dolor» y el de «rabia» o «mañas». Se cerciorará de las molestias que pueda tener, con esa mezcla de suavidad y firmeza que imprime la maternidad bien entendida y será la primera en gozar de ese milagro conmovedor que es la intuición del recién nacido.

CONSUELO GIL RÖESSET.



"Ceregumil" Fernández

LABORATORIOS
FERNANDEZ y CANIVELL
S.A.
MALAGA